

AMAZONÍA PERUANA: TENDENCIAS, INFLUENCIAS Y CONSECUENCIAS

Marc Dourojeanni

Como bien se sabe, nunca antes en su historia la Amazonia peruana estuvo tan asediada por inversiones en infraestructura y en explotación de sus recursos naturales: vías de comunicación, centrales hidroeléctricas, expansión agropecuaria, minería, explotación de petróleo y gas, industria maderera, pesquería, etc. Todo tanto en sus versiones formales o legales como en las informales o ilegales. En gran medida eso puede ser buena noticia para la tanto tiempo relegada Selva, si todo se hace con cierto rigor o aplicando, por lo menos, el sentido común. Pero, cualquier análisis de los planes y de las propuestas en curso, muchas de ellas en plena implementación, revelan una situación caótica de la que nada bueno puede surgir.

Lo que se viene

La buena fase de la economía peruana, y especialmente los intereses regionales o extra regionales, es usar la energía hidráulica acumulada en los ríos que bajan de los Andes y la de los hidrocarburos que yacen en su subsuelo, la han convertido en un descomunal cantero de proyectos y de obras de infraestructura. Un estudio

terminado en 2010 reveló la intención de invertir en esa región hasta 2021 unos 80,000 millones de dólares en exploración y explotación de hidrocarburos, construcción de hidroeléctricas, líneas de transmisión de energía, nuevas formas de explotación minera e incremento de la extracción forestal, además de la ampliación de la frontera agropecuaria para commodities, es decir, productos para el comercio. Para viabilizar esas industrias extractivas también están siendo construidas o planeadas numerosas carreteras nuevas, hidrovías, ferrovías entre otras infraestructuras, especialmente en las áreas urbanas.

A las acciones y proyectos oficiales o privados, se suman las actividades que son informales, en especial en minería con la extracción ilegal de oro, de explotación maderera sin planes de manejo y de agricultura ilícita, como la que invade tierras sin aptitud agropecuaria y, también, la que cultiva coca para producción de estupefacientes. La minería de oro y el cultivo de coca son particularmente nocivos por ser ambos altamente erosivos y, también por ser muy contaminantes debido a los productos químicos que se usan en la producción y procesamiento.

El mejor documentado, es el caso del mercurio usado para coagular el oro aluvial. La situación más dramática de explotación ilegal de oro, como bien se sabe, se da en Madre de Dios que era precisamente el departamento amazónico hasta ahora menos afectado por el desarrollo salvaje. Pero en la actualidad, el alto precio de ese metal ha impulsado y diseminado ese tipo de explotación salvaje en toda la Amazonia, con graves consecuencias ambientales y sociales. La minería informal, así como el narcotráfico, están, además, asociados a trabajo esclavo, explotación infantil, prostitución y a niveles elevadísimos de delincuencia.

Es decir que visualizar el futuro de la Amazonia del Perú, bajo las condiciones prevalentes, es fácil. Basta con proyectar lo que viene ocurriendo desde mediados del siglo XX. Ese escenario muestra que gran parte de la Selva estará sin bosques, los que habrán sido sustituidos especialmente por mucha tierra abandonada, degradada y sin uso y por áreas agropecuarias, tanto las de tipo intensivo e industrial como de las otras, es decir las de tipo chacra migratoria de baja productividad. Los ríos estarán altamente contaminados por sedimentos, agroquímicos y residuos petroleros y mineros y sus caudales sufrirán grandes variaciones pasando de desastrosas inundaciones a secas terribles. Lloverá menos y habrá



áreas naturales protegidas que soportarán un turismo más intenso que en la actualidad y que de paso, también visitará malocas cinematográficas con indígenas cuidadosamente disfrazados para la ocasión.

Los impactos ambientales mencionados se traducen, pues, en costos que deben ser descontados de los beneficios económicos. En efecto, la región aumentará su aporte al PBI nacional, subirá también la renta per cápita y quizá exista más empleo formal e informal pero, por el otro lado, la sociedad deberá efectuar inversiones enormes en defensa civil o para remediar, tardíamente, los efectos de los desastres **“naturales”**, o los impactos en la salud pública para combatir la proliferación de enfermedades, entre ellas las provocadas por la contaminación ambiental; o para criar peces en estanques alimentándolos con maíz pues desaparecerán de los ríos y reforestar con especies exóticas de rápido crecimiento pues ya no habrá bosque natural productivo y, así por delante.

Deforestación como expresión de la “salud ambiental”

El estado actual de la deforestación de la Amazonia peruana es hasta cierto punto un misterio. Es un tema importante pues sintetiza, mejor que otros indicadores, el impacto del desarrollo sobre el ambiente. El gobierno suele citar datos que, si fueran verdad, harían del Perú uno de los paladines de la preservación de esa biomasa y habla de menos de 10% (un poco más de 7 millones de hectáreas) de deforestación acumulada. Pero otras fuentes mencionan que probablemente hasta un 18% de la Amazonia ya está deforestado y que la degradación de los bosques restantes ya debe afectar a un 60% de estos. Lo cierto es que hace más de diez años que no se actualizan los datos y que los últimos estudios fueron hechos usando, voluntaria o involuntariamente, una serie de alternativas metodológicas que disimulan la realidad. Ésta, para quien quiera ser neutral, es por lo menos tan seria en el Perú como en Brasil o en cualquier otro país amazónico.

Pero los planes arriba mencionados, muchos de ellos en plena ejecución, van a ocasionar un aumento enorme del ya grave ritmo de deforestación y degradación de bosques naturales. El citado estudio especula que a



frecuentes incendios debido a la incidencia del cambio climático. Los ríos carecerán de peces y apenas se comerá pescado de mal sabor proveniente de la piscicultura. La población habrá aumentado mucho, por migración pero casi todos estarán refugiados en centros urbanos. El PBI de la región habrá aumentado enormemente y habrá muchos ricos, como ahora, pero la gran mayoría de los pobladores no vivirá mejor ni, por cierto, serán más felices. Con suerte, para entonces sobrarán algunas

2041, la deforestación y degradación acumuladas sería de no menos de 43 millones de hectáreas (56% de la Amazonia peruana) en el escenario más favorable, pero que podría alcanzar al 91% en el peor de los casos. En ese último apenas las áreas estrictamente protegidas (principalmente los parques nacionales que cubren casi el 10% de la región) se salvarían de la desaparición o de la degradación extrema. Puede parecer y es pesimista, pero no es inédito para regiones tropicales del Brasil (estados de Pará y Mato Grosso, por ejemplo), Indonesia (Sumatra, Java y ahora Kalimantan) o sudeste asiático en general y asimismo en África ecuatorial que en plazos aún más breves perdieron o degradaron irremediamente tanto o más que eso de sus bosques originales.

Falta de un plan verdaderamente peruano

La Amazonía peruana padeció siglos de maltratos y de abandono. Aún los que parecían tener interés por ella lo hacían con intención de pillarla, no de desarrollarla. Por ejemplo, en los años 1960 el Presidente Belaúnde consideraba que la Selva era tierra salvaje que debía ser conquistada y colonizada. Para eso construyó la Carretera Marginal de la Selva. Esta obra, diseñada sin cuidado y sin acompañamiento de inversiones consistentes en desarrollo regional, fue la causa de una deforestación sin precedentes, permitió la expansión del cultivo ilegal de la coca, generó movimientos de narco-guerrilla hasta ahora actuantes y solo redistribuyó pobreza y malestar, además de provocar desastres naturales. Lo único en cierta forma a su favor fue generar crecimiento económico, lo que podría haberse conseguido sin hacer esa obra de la forma en que fue hecha. Exactamente lo mismo ocurrió en esta

primera década del nuevo milenio con la Interoceánica Sur, entre Rio Branco en el Brasil y Cusco y Puno, en el Perú. Ninguna lección de los años 1960 y 1980, décadas en las que Belaúnde gobernó, fue aprendida. Las advertencias y quejas de científicos e indígenas o de ambientalistas y campesinos con respecto al enorme paquete de obras previstas en la Amazonia se centran en su falta absoluta de planeamiento y por responder casi exclusivamente a intereses foráneos al Perú y ajenos a la Amazonia.

La mayor parte de las grandes inversiones previstas en la Selva están vinculadas a intereses de otros países, en especial a los brasileños que están en plena expansión en toda la región amazónica. Ya ha sido dicho que los planes de desarrollo de la Amazonia peruana se confeccionan en Brasilia y en Sao Paulo. Los que se hacen en Lima, Iquitos o Pucallpa apenas les hacen eco ¿Qué otra cosa son las llamadas carreteras interoceánicas que se hacen con consultorías, financiamiento, constructoras y concesionarias de ese país pero que, obviamente, el Perú debe pagar con intereses y correcciones financieras? El Brasil también está promoviendo la construcción del ferrocarril que permite explotar los yacimientos de fosfatos de Bayoyar, en el Norte del Perú y llevarlos a su territorio para expandir su agricultura industrial. Esa ferrovía (conocida por sus iniciales FETAB) pasaría por Pucallpa antes de entrar a territorio brasileño. Lo curioso es que existen varias otras ferrovías planeadas y estudiadas que irían, asimismo hacia la frontera de ese país, como el que se propone primeramente entre Yurimaguas e Iquitos y otros dos, también en el Sur. Más curioso es, si cabe, que carreteras, ferrovías e hidrovías son todas paralelas entre sí, a veces a corta distancia.





Nadie consiguió explicar hasta el presente dónde está y cuál es la carga que justificaría planear simultáneamente tantas obras equivalentes.

Más evidente, si posible, es el caso de las centrales hidroeléctricas propuestas en la Selva. El Brasil ha adelantado un convenio con el Perú que le otorga posibilidades concretas de explotar unas 15 opciones de centrales hidroeléctricas de las que las cinco primeras pueden generar casi 7,000 MW mediante una inversión estimada en 16,000 millones de dólares. Las dos opciones más avanzadas, Inambari y Paquitzapango, entraron en confrontación directa con los científicos y ambientalistas por sus implicaciones ambientales y, también, con las poblaciones locales, incluidos indígenas Ashaninka en Paquitzapango. De otra parte economistas, expertos en temas de energía y algunos políticos no comprenden el afán del gobierno anterior por ceder esas opciones, dado que el Perú no necesita por ahora de explotar ese recurso disponiendo de alternativas de energía hídrica en lugares menos conflictivos y a menor costo, sin mencionar otras fuentes (eólica o solar). Tampoco se justifica la insistencia en hacer grandes diques en lugar de usar tecnologías de represas de paso, que tienen menor impacto ambiental y social. Aunque, gracias a la reacción de la sociedad, esos proyectos están por el momento congelados, no hay duda de que volverán al tapete. El interés brasileño, entre muchos otros, también abarca el petróleo y el gas, de los que el primero ya está siendo explotado por la Petrobrás.

Pero el Brasil no es el único país que invierte en infraestructuras y anhela explotar recursos naturales. China anda pisándole los talones y en algunos rubros ya domina, con su mundialmente conocido estilo carente de cualquier cuidado social o ambiental. Por eso sus intervenciones pueden ser particularmente peligrosas. Además, los chinos están invadiendo el Perú, en especial la Selva, con empresas y trabajadores informales que aprovechándose del descaro de las autoridades entran al país con visa de turistas. Y, claro, están los de siempre, es decir las empresas americanas, canadienses y europeas, todas ellas ahora globalizadas y reforzadas con inversiones de Asia y del Medio Oriente.

El Perú debería imitar a Chile en lo que de bueno tiene para los chilenos la actitud del gobierno de ese país. Desde hace varias décadas ese país solo acepta discutir las inversiones que le convienen y descarta rotundamente todo lo demás. Además, en cada operación, impone su voluntad soberana. Es evidente que el Perú debe abrirse a inversiones externas y es obvio que el Brasil, el mayor vecino amazónico con el que tiene mucho en común, puede y debe recibir atención especial peruana para negociar inversiones en la Selva. Pero lo que se resuelva debe ser claramente de interés mutuo, recíproco, equitativo. Eso no es el caso con lo avanzado en la cuestión de las centrales hidroeléctricas, en que los beneficios se van al otro lado y los costos y problemas se quedan aquí. Tampoco es el caso con la proliferación de carreteras y ferrovías que, como ha sido demostrado, el Perú no necesita en el breve plazo en que se construyen o planea construir.

Pero, para hacer lo que hace Chile, el Perú antes necesita saber lo que realmente quiere. Es decir que precisa de un verdadero plan de desarrollo de medio y largo plazo, lo que no tiene, excepto al nivel de grandes lineamientos. La Selva tampoco tiene un plan de desarrollo de medio y largo plazo consensuado. No ha sido decidido ni discutido, por ejemplo, qué es mejor para establecer conexión vial entre el Perú y el Brasil, ni cuál es la mejor matriz energética para la Selva. Mientras tanto, impera la voluntad de los inversionistas y proliferan los planes regionales y sectoriales que están creando la caótica situación que se describió líneas arriba, en la que simultáneamente se desarrolla e invierte en decenas de propuestas innecesarias, contradictorias, además de ambientalmente destructivas. Es solamente con ese plan en la mano, que se podría empezar a discutir macro-inversiones foráneas en territorio peruano.

La tarea por delante

Para muchos ese escenario tendencial es “natural” y, con excepción de los “pequeños” inconvenientes

citados, es hasta aceptable. Pero, para otros, resignarse a ese escenario implica destruir y dilapidar en pocas generaciones un patrimonio que debería mantener una calidad de vida excelente para siempre. Prever un futuro diferente, en el que se eviten las tendencias negativas del escenario tendencial es, en cambio, muy difícil pues, no se sabe bien sobre qué base política diseñarlo. Lo que se sabe perfectamente, desde hace décadas, es lo que debe hacerse para evitar lo peor. Son millares las experiencias y lecciones aprendidas en cada ramo de la economía en la Amazonía. Pero hasta la actualidad, jamás se han dado las condiciones políticas que permitiría aplicarlas y someter los intereses privados o de grupos a los de la mayoría, encausándolos a un desarrollo verdaderamente sostenible o, por lo menos, duradero y más equitativo. No se habla aquí de un futuro basado en la perspectiva de ecologistas radicales que preferirían no tocar el bosque y preservar los

la tierra (eufemismo para decir deforestación) ya eran, una década atrás, más del 77% de las emisiones totales de gases de efecto invernadero del Perú. Hoy debe ser mucho más. Siendo así los bosques peruanos ofrecen un enorme potencial de negocios de carbono que podría dar un argumento económico adicional para la conservación de parte de ellos, a través de mecanismos de mercado vinculados a propuestas sometidas a través del Protocolo de Kioto y, también, a diversas iniciativas no vinculadas a este. Ya existen varios ejemplos de estos negocios, aunque todos de pequeña envergadura, siendo ejecutados.

El gobierno anterior ha prometido al mundo que contribuirá a la mitigación del cambio climático mediante la preservación de 54 millones de hectáreas de bosques naturales, incluyendo en estos las áreas protegidas y los territorios indígenas de todas las categorías. Es una apuesta arriesgada en un país que nunca hizo nada serio

para frenar la ocupación y explotación desordenada de su Amazonía. Pero, si el presente gobierno pretende cumplir la palabra del Perú, tiene una tarea gigantesca por delante que, empieza, por lo discutido en esta nota.

La construcción de un futuro seguro, sostenible y, por eso deseable para el Perú y para la Amazonía ,debe hacerse a partir de un plano cuidadoso, como cuando se construye un edificio. En ese caso cada detalle es ideado, diseñado y luego calculado y discutido con las partes interesadas y eventualmente rediseñado

y recalculado antes de ser aprobado. No se levantan paredes sin columnas ni fundaciones. Se calcula el tipo y el volumen de fierro en cimientos, columnas y vigas. Se prevé el pasaje de los tubos para energía, agua potable y aguas servidas. Se analiza la disponibilidad de agua potable en el barrio y se calcula el tamaño de los reservorios de agua así como el número y localización de las conexiones eléctricas de cada habitación. Y, asimismo, se sabe por anticipado con qué recursos se cuenta para terminar la obra en el plazo deseado. Cada vivienda de la Selva, de ricos o de pobres, es construida llevando en cuenta todo eso y mucho más. Pero el futuro de la Selva se construye sin plan.

Las paredes, sin prever las de energía o de agua y desagüe. Cada parte está vinculada con las demás. Este plano por el momento no existe.



indígenas como reliquias históricas. Se trata, apenas, de combatir el principal defecto del desarrollo mal hecho: el desperdicio de recursos y de oportunidades en el corto, medio y largo plazo.

Una nueva variable en el complejo tema amazónico peruano, es el ya bien demostrado fenómeno del cambio climático que afectará a la propia Amazonia, desecándola progresivamente, exactamente en la misma medida que se le deforesta y que, al mismo tiempo, es una gran oportunidad para orientar su desarrollo a perspectivas más equilibradas. En efecto, el enorme volumen de carbono fijado en la biomasa y en el suelo de esa región, si liberados por la deforestación y combustión, es una amenaza importante a las perspectivas mundiales de mitigar los efectos del cambio climático. Las emisiones peruanas de anhídrido carbónico por cambio de uso de